



1

La vida cambia rápido.

La vida cambia en un instante.

Te sientas a cenar, y la vida que conoces se acaba.

El tema de la autocompasión.

Éstas fueron las primeras palabras que escribí después de que sucediera. La fecha en el archivo «Notas sobre el cambio.doc», de Microsoft Word, es «20 de mayo, 2004, 11:11 p.m.», pero tal vez abriera el archivo y al cerrarlo pulsara distraídamente «salvar». En mayo no hice cambios en el archivo. No hice cambios en ese archivo desde que escribí esas palabras en enero del 2004, dos o tres días después del suceso.

Durante mucho tiempo no escribí nada más.

La vida cambia en un instante.

Un instante normal.

Empeñada en recordar lo que parecía más sorprendente de todo lo ocurrido, en algún momento, consideré añadir esas palabras: «un instante normal». Me di cuenta inmediatamente de que no era necesario añadir la palabra «normal» porque no podría olvidarla, pero la palabra jamás se me fue de la cabeza. En realidad, la normali-



JOAN DIDION

dad de toda la situación anterior al suceso era lo que me impedía creer que hubiera sucedido realmente, asimilarlo, incorporarlo, superarlo. Ahora reconozco que aquello no tenía nada de extraordinario; enfrentados a un desastre repentino, todos señalamos lo normales que eran las circunstancias en las que lo impensable sucede: el cielo azul despejado desde el que se precipitó el avión, el recado rutinario que acabó sobre la espalda con el coche en llamas, los columpios en los que los niños jugaban como de costumbre cuando la cascabel salió de entre la hiedra y atacó. «Volvía a casa del trabajo, feliz, triunfador, sano y de repente, se acabó», leí en la declaración de una enfermera de psiquiatría cuyo marido había muerto en accidente de carretera. En 1966 tuve que entrevistar a mucha gente que había vivido en Honolulu la mañana del 7 de diciembre de 1941; todos ellos, sin excepción, empezaron su relato del ataque a Pearl Harbor diciéndome que era una «mañana de domingo como otra cualquiera». «Era un hermoso día de septiembre como otro cualquiera», dice todavía la gente cuando se le pide que describa la mañana en Nueva York cuando el *American Lines 11* y el *United Airlines 175* se estrellaron contra las torres del World Trade. Incluso el informe de la Comisión del 11 del 9 empezaba con esta nota machaconamente premonitoria y aun así inmutable: «martes, 11 de septiembre del 2001, mañana templada y sin apenas nubosidad en el este de los Estados Unidos».

«Y de pronto... se acabó.» *En plena vida estamos en la muerte*, dicen los episcopalianos junto a la tumba. Más adelante, me di cuenta de que debí de repetir los detalles de lo sucedido a todos los que vinieron a casa en aquellas primeras semanas; a todos aquellos amigos y familiares que traían comida y preparaban bebidas y ponían los platos en la mesa del comedor para los que estaban por allí a la hora de comer o de cenar; a todos aquellos que retiraban



EL AÑO DEL PENSAMIENTO MÁGICO

los platos, congelaban las sobras, ponían el lavavajillas, llenaban nuestra —todavía no puedo decir «mi»— casa a no ser por ellos vacía, incluso después de que yo me retirara al dormitorio (nuestro dormitorio, en el que, sobre un sofá, aún estaba un albornoz descolorido XL, comprado en los años 70, en Richard Carroll, de Beverly Hills), y que al salir cerraban la puerta. Aquellos momentos en los que el agotamiento se apoderaba bruscamente de mí son lo que recuerdo con más claridad de aquellos primeros días y semanas. No recuerdo haberle contado a nadie los detalles, pero debí de hacerlo porque todos parecían que los conocían. En cierto momento, consideré la posibilidad de que se hubieran contado unos a otros los detalles de la historia, pero la descarté inmediatamente: los pormenores de su historia eran demasiado precisos para haber pasado de boca en boca. Había sido yo.

Otro de los motivos por los que supe que yo había contado la historia era que ninguna de las versiones que escuché incluía los detalles que yo aún era incapaz de afrontar, por ejemplo, la sangre que, en el suelo de la sala de estar, permaneció allí hasta que José llegó a la mañana siguiente y la limpió.

José. Parte de nuestra casa. Tenía que volar a Las Vegas a última hora de aquel 31 de diciembre, pero que nunca lo hizo. José lloraba aquella mañana mientras limpiaba la sangre. Al principio, cuando le conté lo que había pasado, no me entendió. Evidentemente no era la narradora ideal de la historia; en mi versión, había algo demasiado informal y demasiado elíptico al mismo tiempo, algo en mi tono que no había logrado comunicar el hecho principal de la situación (encontré el mismo fallo más tarde, cuando tuve que decírselo a Quintana), pero en el momento en que José vio la sangre, lo entendió.

Aquella mañana, antes de que él llegara, yo ya había recogido



JOAN DIDION

las jeringuillas y los electrodos del ECG, pero no pude enfrentarme a la sangre.

A grandes rasgos.

Ahora, al empezar a escribir esto, es el 4 de octubre, por la tarde, del 2004.

Hace nueve meses y cinco días, aproximadamente a las nueve de la noche del 30 de diciembre de 2003, mi marido, John Gregory Dunne, en la mesa del salón de nuestro apartamento de Nueva York en la que acabábamos de sentarnos a cenar, sufrió aparentemente —o realmente— un repentino y severo ataque al corazón que le causó la muerte. Nuestra única hija, Quintana, llevaba cinco noches inconsciente en una unidad de cuidados intensivos de la Singer Division del Beth Israel Medical Center, por entonces un hospital en la avenida East End (cerró en agosto de 2004), más conocido como el Beth Israel North o el Antiguo Hospital de Médicos; lo que pareció un caso de gripe invernal lo bastante grave para ingresarla en urgencias la mañana de Navidad había derivado en neumonía y choque séptico. Esto es un intento por encontrar sentido al tiempo que siguió, a las semanas y meses que desbarataron cualquier idea previa que yo tuviera sobre la muerte, la enfermedad, la probabilidad y la suerte, la buena o la mala fortuna, sobre el matrimonio y los hijos y el recuerdo; sobre el dolor y los modos en que la gente se plantea o no el hecho de que la vida acaba; sobre la precariedad de la cordura y sobre la vida misma. He sido escritora toda mi vida. Como escritora, incluso de niña, mucho antes de que empezara a publicar lo que escribía, siempre tuve la sensación de que el significado radicaba en el ritmo de las palabras, las frases, los párrafos, una técnica para contener lo que pensaba o creía



EL AÑO DEL PENSAMIENTO MÁGICO

tras un refinamiento cada vez más impenetrable. Soy o he llegado a ser la forma en la que escribo; sin embargo, este es un caso en el que en vez de las palabras y sus ritmos desearía tener una sala de montaje equipada con un Avid, un sistema de edición digital en el que pudiera pulsar una tecla y la secuencia de tiempo se desintegrara para mostrarles simultáneamente todos los cuadros de la memoria que me asaltan en este momento y dejarles elegir las tomas, los diferentes comentarios al margen, las distintas lecturas de las mismas líneas. En este caso, para encontrar el significado, necesito más que palabras. En este caso necesito cualquier cosa que yo crea o me parezca inteligible, aunque sólo sea para mí misma.





2

30 de diciembre del 2003, martes.

Habíamos visto a Quintana en la UCI de la sexta planta del Beth Israel North.

Habíamos vuelto a casa.

Habíamos hablado de si salíamos a cenar o cenábamos en casa.

Yo propuse que encendería el fuego y podíamos cenar en casa.

Hice el fuego, empecé a preparar la cena, le pregunté a John si quería tomar algo.

Le preparé un escocés y se lo llevé al salón donde estaba leyendo en la silla en la que solía sentarse junto al fuego.

Leía unas galeradas encuadernadas de *Europe's Last Summer: Who Started the Great War in 1914?*, de David Fromkin.

Acabé de preparar la cena y la puse en la mesa del salón, desde la que, cuando estábamos solos, podíamos comer viendo el fuego. Crecí en California. John y yo vivimos juntos allí veinticuatro años, y en California calentábamos las casas con el fuego de la chimenea. Encendíamos el fuego incluso en las noches de verano porque entraba la niebla. El fuego significaba que estábamos en casa, que habíamos trazado el círculo, que estaríamos a salvo durante la noche. Encendí las velas. John me pidió otro whisky.



JOAN DIDION

antes de sentarse a la mesa. Se lo llevé. Nos sentamos. Yo revolvía la ensalada.

John hablaba; de repente, dejó de hablar.

En algún momento de los segundos o del minuto previo a que dejara de hablar, me había preguntado si en la segunda copa le había puesto *single malt*. Le contesté que no, que había usado el mismo escocés que en la primera. «Bien —había dicho—, no sé por qué, pero no debes mezclarlos.» En otro momento de aquellos segundos o de aquel minuto había hablado de por qué la primera guerra mundial fue el acontecimiento crítico del que surgía el resto del siglo xx.

No tengo ni idea del tema que hablábamos en el momento en que dejó de hablar, si del escocés o de la primera guerra mundial.

Sólo recuerdo que alcé la vista. John se había desplomado, estaba inmóvil y tenía la mano izquierda levantada. Al principio creí que era una broma, un intento por hacer que las dificultades del día parecieran más llevaderas.

Recuerdo que dije: «No hagas eso».

Al no responderme, lo primero que pensé fue que había empezado a comer y se había atragantado. Recuerdo que intenté desde el respaldo de la silla lo suficiente como para poder hacerle la maniobra de Heimlich. Recuerdo la sensación de su peso al caer hacia delante, primero contra la mesa y luego al suelo. En la cocina, junto al teléfono, había pegado una tarjeta con los números de la ambulancia del Nueva York-Presbiteriano. No es que hubiera pegado los números junto al teléfono porque anticipara un momento así. Había pegado los números junto al teléfono por si alguien del edificio necesitaba una ambulancia.

Alguien.

Llamé a uno de los números. Me preguntaron si respiraba. Les dije: «Vengan, por favor». Cuando llegaron los de la ambulancia



intenté contarles lo sucedido, pero antes de que pudiera terminar ya habían convertido la zona del salón en la que estaba John en una sala de urgencias. Uno de ellos (había tres o tal vez cuatro, una hora después no sabía cuántos eran) hablaba con el hospital sobre el electrocardiograma que ya estaban enviando. Otro abría la primera, la segunda o la que fuera de las múltiples jeringuillas. (¿Epinefrina? ¿Lidocaína? ¿Procainamida? Los nombres me vienen a la cabeza, pero no tengo ni idea de dónde). Recuerdo que dije que tal vez se hubiera atragantado. Lo descartaron sin dudar. No había obstrucción de las vías respiratorias. Enseguida utilizaron las palas desfibriladoras en un intento por restablecer el ritmo cardiaco. Lograron algo que podía ser un latido normal (o pensé que lo lograban, todos estábamos en completo silencio, se produjo una brusca sacudida), luego se perdió, y empezó de nuevo.

—Todavía hay fibrilación —recuerdo que dijo el que estaba al teléfono.

—Fibrilación-V —dijo el cardiólogo de John a la mañana siguiente cuando llamó desde Nantucket—. Debieron de decir «fibrilación-V», ventricular.

Tal vez dijeran «fibrilación-V» o tal vez no. La fibrilación auricular no provoca inmediata o necesariamente el paro cardiaco. La ventricular, sí. Tal vez, la que tuvo fue ventricular.

Recuerdo haber intentado ordenar en mi cabeza lo que sucedería después. Puesto que había una dotación de ambulancia en el salón, el siguiente paso lógico sería ir al hospital. Se me ocurrió que los enfermeros podían decidir trasladarlo al hospital de un momento a otro, y yo no estaba preparada. No tenía a mano lo que necesitaba llevar. Perdería tiempo, me quedaría atrás. Encontré mi bolso, un juego de llaves y un resumen del historial de John que su médico le había preparado. Cuando volví al salón, los enfermeros miraban



JOAN DIDION

el monitor del ordenador instalado en el suelo. Yo no veía el monitor, así que miraba sus caras. Recuerdo que uno de ellos miraba a los demás. Cuando decidieron trasladarlo, todo sucedió muy rápido. Les seguí al ascensor y pregunté si podía acompañarlos. Dijeron que primero bajarían la camilla: yo podía ir en la segunda ambulancia. Uno de los enfermeros esperó conmigo a que el ascensor volviera a subir. Cuando él y yo subíamos a la segunda ambulancia, la que llevaba la camilla arrancaba frente a la puerta del edificio. Desde nuestra casa hasta el Nueva York-Presbiteriano, que antes era el Hospital de Nueva York, hay que atravesar seis manzanas. No recuerdo las sirenas. No recuerdo el tráfico. Cuando llegamos a la entrada de urgencias del hospital, la camilla desaparecía ya en el interior del edificio. Un hombre esperaba en el camino. Todas las personas que se veían llevaban ropa desechable. Él no. —¿Es la esposa? —le preguntó al conductor; luego se volvió hacia mí—. Soy su asistente social —dijo, y me figuro que ahí fue cuando debí de darme cuenta.

«Abrí la puerta, vi al hombre vestido de verde y lo supe. Lo supe inmediatamente —dijo la madre de un joven de diecinueve años, asesinado por una bomba en Kirkuk, en un documental de HBO citado por Bob Herbert en *The New York Times* la mañana del 12 de noviembre de 2004—, pero creía que mientras no le dejara entrar, no podría decírmelo; y aquello... nada de todo aquello habría sucedido. Él no dejaba de decir: «Señora, necesito entrar». Y yo seguía diciéndole: lo siento, pero no puede pasar.»

En el desayuno, cuando leí esto casi once meses después de la noche de la ambulancia y el asistente social, reconocí como mía esa reacción.



EL AÑO DEL PENSAMIENTO MÁGICO

Dentro de la sala de urgencias, vi que personal médico con ropa desechable empujaba la camilla hasta una cortina. Alguien me dijo que esperara en recepción. Lo hice. Había una fila para presentar los papeles de admisión. Esperar en la fila parecía lo más práctico que se podía hacer. Esperar en la fila significaba que todavía había tiempo para controlar el asunto. En el bolso tenía copias de las tarjetas del seguro; nunca había estado en este hospital —el Hospital de Nueva York era el de la Universidad de Cornell, el hospital que se había unido al Nueva York-Presbiteriano; yo conocía el de Columbia, el Columbia-Presbiteriano, en la Calle 168 con Broadway, a veinte minutos como mínimo de casa, —demasiado lejos para una de estas urgencias—; pero yo lograría manejar este hospital desconocido, podía hacer algo, y una vez estabilizado, organizaría su traslado al Columbia-Presbiteriano. Estaba inmersa en los detalles del inminente traslado al Columbia (necesitaría una cama con sistema de telemetría, finalmente también podía conseguir que trasladaran a Quintana al Columbia; la noche que ella ingresó en el Beth Israel North yo había escrito en una tarjeta los números del *busca* de varios médicos del Columbia; uno u otro lo conseguirían) en un momento, el asistente social apareció y me condujo desde la fila del papeleo a una salita vacía junto a la recepción. «Espere aquí», dijo. Esperé. La habitación estaba fría o yo lo estaba. Me preguntaba cuánto tiempo había pasado desde que llamé a la ambulancia hasta que llegó. Me parecía que no habían tardado nada (*una paja en el ojo de Dios* era la frase que me asaltó en aquella sala junto a la recepción), pero seguramente habían pasado por lo menos varios minutos.

Solía tener un tablero en mi oficina en el que, por motivos relacionados con un detalle del argumento de una película, había una ficha rosa en la que había escrito una frase del *Manual Merck* sobre el tiempo que el cerebro puede vivir sin oxígeno. La imagen de la



JOAN DIDION

ficha rosa me vino a la cabeza en la sala junto a la recepción: «La anoxia del tejido entre 4 y 6 minutos puede producir daños cerebrales irreversibles o la muerte». Cuando el asistente social volvió a entrar, me decía a mí misma que no debía de recordar correctamente la frase. Venía acompañado de un hombre que se presentó como «el médico de su esposo». Se produjo un silencio. «Ha muerto, ¿verdad?» —me oí preguntarle al médico. El médico miró al asistente social. «Está bien —dijo el asistente social—. Es una mujer muy entera.»

Me llevaron hasta el *box* cerrado con cortinas en el que John ya descansaba solo. Me preguntaron si quería un sacerdote. Dije que sí. Vino un sacerdote y le dio la extremaunción. Le di las gracias. Me dieron el clip de plata en el que John guardaba su carné de conducir y las tarjetas de crédito. Me dieron el dinero que llevaba en el bolsillo. Me dieron su reloj. Me dieron su móvil. Me dieron una bolsa de plástico con su ropa. Les di las gracias. El asistente social me preguntó si podía ayudarme en algo. Le dije si podía ponerme en un taxi. Lo hizo. Le di las gracias. «¿Lleva dinero?», preguntó. Yo, la mujer entera, dije que sí. Cuando entré en el apartamento y vi la chaqueta y el pañuelo de John en la silla sobre la que los había dejado cuando regresamos de ver a Quintana en el Beth Israel North (el pañuelo rojo de cachemir, la cazadora de Patagonia que había sido la chaqueta del equipo de la película *Íntimo y personal*), me pregunté hasta qué punto me permitirían no ser una mujer entera. ¿El colapso nervioso? ¿Necesidad de calmantes? ¿Gritar?

Recuerdo haber pensado que tenía que hablarlo con John.

No había nada que yo no hablara con John.

Porque los dos éramos escritores y trabajábamos en casa y nuestros días estaban llenos del sonido de la voz del otro.



EL AÑO DEL PENSAMIENTO MÁGICO

No siempre creía que él tenía razón ni tampoco él creía que yo la tuviera, pero cada uno de nosotros era para el otro la persona de confianza. Nuestras inversiones o intereses corrían paralelos en cualquier situación. Dado que a veces uno tenía mejores críticas que el otro o conseguía un avance más sustancioso, muchos suponían que, en cierto modo, debíamos de ser «competidores», que nuestra vida privada debía de ser un campo minado por el resentimiento y los celos profesionales. Era algo tan alejado de la realidad que la insistencia en el tema indicaba ciertas lagunas en eso que la gente entiende popularmente por matrimonio.

Ésa había sido otra cosa de la que habíamos hablado

El silencio del apartamento es lo que recuerdo la noche en que llegué sola a casa desde el Hospital de Nueva York.

En la bolsa de plástico que me habían dado en el hospital había un pantalón de pana, una camisa de lana, un cinturón y creo que nada más. Habían cortado las perneras del pantalón de pana, supongo que los enfermeros. Había sangre en la camisa. El cinturón estaba entrelazado. Recuerdo haber enchufado su móvil al cargador de su mesa de despacho. Recuerdo haber colocado su clip de plata en la caja del dormitorio en la que guardábamos los pasaportes, las partidas de nacimiento y los certificados de haber sido miembros de un jurado. Miro el clip y veo las tarjetas que llevaba: el carné de conducir expedido por el estado de Nueva York, que caducaba el 25 de mayo de 2005; una tarjeta de débito del Chase; una American Express; una Wells Fargo Mastercard; el carné del Metropolitan Museum; una tarjeta del Writers Guild of America West (era justo antes de las votaciones de la Academia, cuando se puede usar la WGAW para ver películas gratis; seguramente había ido a ver alguna, no lo recuerdo); una tarjeta médica; una tarjeta de metro y una tarjeta de Medtronic con la inscripción: «Llevo implantado un



JOAN DIDION

marcapasos Kappa 900 SR»; el número de serie del aparato, un número del médico que se lo implantó y la anotación: «fecha de implantación: 3 de junio del 2003». Recuerdo haber juntado el dinero que había en su bolsillo con el de mi bolso, alisado los billetes y puesto especial cuidado en colocar los de veinte con los de veinte, los de diez con los de diez, los de cinco con los de cinco y los de uno con los uno. Recuerdo haber pensado mientras lo hacía que él vería cómo manejaba la situación.

Quando le vi en el *box* de la sala de urgencias en el Hospital de Nueva York, tenía un pique en uno de los dientes de delante, supongo que a consecuencia de la caída, pues también tenía cardenales en la cara. Al día siguiente, cuando identifiqué su cuerpo en el Frank E. Campbell, los cardenales no se le notaban. Me figuró que a eso se refería el empleado de la funeraria cuando le dije que no le embalsamaran, y él respondió: «en ese caso, sólo lo adecentaremos». La parte de la funeraria me queda lejana. Había llegado a Frank E. Campbell tan decidida a evitar cualquier respuesta inapropiada (lágrimas, ira, risa histérica en medio del silencio reverencial) que había bloqueado cualquier respuesta. Cuando murió mi madre, el empleado de la funeraria que recogió su cuerpo de la cama dejó en su lugar una rosa artificial. Mi hermano me lo había contado profundamente ofendido. Estaba preparada contra las rosas artificiales. Recuerdo que decidí rápidamente el ataúd y que, en la oficina en la que firmé los papeles, había un reloj antiguo, parado. El funerario, como si le complaciera aclarar el motivo de aquel elemento decorativo, explicó que el reloj llevaba años sin funcionar, pero lo habían conservado como «una especie de recuerdo» de una vida anterior de la empresa. Parecía ofrecer el reloj como



EL AÑO DEL PENSAMIENTO MÁGICO

una lección. Pensé en Quintana. Podía ignorar lo que decía el funerario, pero no podía ignorar los versos que escuchaba al pensar en Quintana: *Hundido a cinco brazas yace tu padre / Esas que son perlas, fueron sus ojos.*

Ocho meses después, pregunté al administrador de nuestro edificio de apartamentos si todavía guardaba el registro de incidencias de la noche del 30 de diciembre. Sabía que existía ese registro: había sido tres años presidenta de la comunidad y el registro de entrada era parte del funcionamiento del edificio. Al día siguiente, el administrador me envió la página correspondiente al 30 de diciembre. Según el registro, aquella noche los porteros eran Michael Flynn y Vasile Ionescu. No lo recordaba. Vasile Ionescu y John se divertían en el ascensor con una broma, una especie de juego entre un exiliado de la Rumania de Ceaucescu y un católico irlandés de West Hartford (Connecticut) basado en la complicidad política. «¿Dónde está bin Laden?», decía Vasili cuando John entraba en el ascensor; el juego consistía en llegar arriba con propuestas cada vez más improbables: «¿Estará Bin Laden en el ático?»; «¿estará en el chalet?»; «¿en el gimnasio?». Cuando vi el nombre de Vasili en el registro, pensé que no me acordaba si él había empezado el juego cuando llegamos del Beth Israel North la noche del 30 de diciembre. El registro de aquella noche mostraba sólo dos entradas, menos que de costumbre, incluso en una época del año en que mucha gente del edificio se desplazaba a lugares con mejor clima.

NOTA: La ambulancia del Sr. Dunne llegó a las 9.20 p. m.

El Sr. Dunne fue llevado al hospital a las 10.05 p.m.

NOTA: Bombilla fundida en el ascensor A-B.



JOAN DIDION

El ascensor A-B era nuestro ascensor, el ascensor en el que subieron los enfermeros a las 9.20 p.m., el ascensor en el que se llevaron a John (y a mí) en la ambulancia a las 10.05 p.m., el ascensor en el que volví sola a nuestro apartamento a una hora sin registrar. No me di cuenta de que había una bombilla fundida en el ascensor, ni me di cuenta de que los enfermeros estuvieron cuarenta y cinco minutos en el apartamento. Siempre he explicado que fueron «quince o veinte minutos». «Si estuvieron tanto tiempo, ¿quiere decir que estaba vivo?» Le hice esta pregunta a un médico que conocía. «A veces, lo intentan durante mucho tiempo», contestó. Pasó un rato antes de que me diera cuenta de que la respuesta no contestaba para nada mi pregunta.

Cuando recogí el certificado de defunción, la fecha registrada de la muerte era 10.18 p.m. del 30 de diciembre del 2003.

Antes de salir del hospital, me habían pedido autorización para realizarle la autopsia. Había dicho que sí. Más tarde leí que los hospitales consideran algo muy delicado y sensible pedir a un familiar la autorización para la autopsia, el más difícil de los trámites rutinarios que acompañan a una muerte. Los propios médicos, según diversos estudios (por ejemplo, Katz, L., y Gardner, R., «The Intern's Dilemma: The Request for Autopsy Consent» en *Psychiatry in Medicine* 3 (1972), 197-203 experimentan considerable ansiedad al pedir esta autorización. Saben que la autopsia es esencial para el aprendizaje y la enseñanza de la medicina, pero también saben que el procedimiento desencadena un temor primitivo. Si quien me pidió la autorización para la autopsia en el hospital de Nueva York experimentó esa ansiedad, yo podría habérsela evitado: deseaba firmemente que le hicieran la autopsia. Lo deseaba firmemente a



pesar de que había visto varias cuando investigaba para algún libro. Sabía exactamente lo que ocurre: el pecho abierto como el de un pollo en la carnicería, la cara despellejada, la balanza para pesar los órganos. Había visto a detectives de homicidios retirar la vista de una autopsia. Aun así, la quería. Necesitaba saber cómo, por qué y cuándo había sucedido aquello. En realidad, quería estar presente cuando la hicieran (había visto aquellas otras autopsias con John y le debía estar en la suya, incluso, en aquel momento, tenía la idea fija de que él estaría en la sala si fuera yo quien estaba en la mesa); pero dudé de poder plantearlo racionalmente, así que no lo pedí.

Si la ambulancia salió del edificio a las 10.05 p.m. y su muerte se declaró a las 10.18 p.m., los trece minutos transcurridos estuvieron dedicados a la contabilidad y la burocracia, a asegurarse de que se cumplieran los trámites del hospital, a que se hiciera el papeleo, a que la persona adecuada estuviera a mano para certificar la muerte y a informar a la mujer entera.

El certificado de defunción. Luego supe que se llamaba «deceso», como en «Hora del deceso: 10.18 p.m.».

Tenía que creer que durante todo aquel tiempo había estado muerto.

Si no creía que había estado muerto todo aquel tiempo, habría pensado que debería haber podido salvarlo.

De todas formas, hasta que vi el informe de la autopsia, seguí pensándolo, un ejemplo de pensamiento delirante de la variante omnipotente.

Una semana o dos antes de morir mientras cenábamos en un restaurante, John me pidió que le escribiera algo en mi libreta. Él siempre llevaba tarjetas para tomar notas, tarjetas de ocho por quince con su nombre impreso que le cabían en un bolsillo interior de la chaqueta. Mientras cenábamos, le vino algo a la cabeza que no



JOAN DIDION

quería olvidar, pero al mirar en el bolsillo, vio que no tenía tarjetas. Necesito que me escribas algo, dijo. Era para su nuevo libro, no para el mío; hizo hincapié en ello porque por entonces yo investigaba para un libro que tenía que ver con el deporte. Ésta fue la nota que me dictó: «Los entrenadores solían salir después de un partido y decían «buen juego». Ahora salen acompañados de la policía estatal, como si hubiera una guerra y ellos fueran el ejército.

«La militarización de los deportes». Cuando al día siguiente le di la nota, me dijo: «Si quieres, puedes usarla».

¿Qué quiso decir?

¿Sabía que no escribiría el libro?

¿Se temía algo? ¿Una corazonada? ¿Por qué se olvidó aquella noche de llevar sus tarjetas a la cena? ¿Acaso no me había advertido, cuando a mí se me olvidaba la libreta, que el poder hacer una nota cuando se te ocurre algo supone la diferencia entre escribir y no hacerlo? ¿Algo le decía aquella noche que el tiempo de escribir se le estaba acabando?

Un verano, cuando vivíamos en Brentwood Park, nos acostumbramos a interrumpir el trabajo a las cuatro de la tarde para salir a la piscina. Él se quedaba de pie en el agua leyendo (releyó varias veces *La decisión de Sofía* tratando de entender cómo funcionaba) mientras yo trabajaba en el jardín. Era un jardín pequeño, casi una miniatura, con senderos de grava, un emparrado de rosas y macizos bordeados de tomillo, santolina y matricaria. Pocos años antes había convencido a John de que arrancásemos el césped para plantar el jardín. Con gran sorpresa por mi parte, puesto que nunca había mostrado ningún interés por los jardines, consideró el resultado final casi como un misterioso regalo. En aquellas tardes de verano, poco antes de las cinco, nadábamos un rato y luego, envueltos en la toalla, entrábamos en la biblioteca para ver *Tenko*, una serie de la BBC que



EL AÑO DEL PENSAMIENTO MÁGICO

se emitía por entonces sobre unas inglesas deliciosamente predecibles (una era inmadura y egoísta, y otra parecía un trasunto de *La señora Miniver*), apresadas por los japoneses en Malasia durante la segunda guerra mundial. Cada tarde, después del capítulo de *Tenko*, subíamos a trabajar un par de horas más; John, en su despacho arriba del todo y yo, en el porche acristalado, al otro lado del vestíbulo, que se había convertido en mi oficina. A las siete o siete y media, salíamos a cenar, la mayoría de las veces a Morton. Aquel verano se estaba bien en Morton. Siempre había quesadilla de gambas y pollo con judías negras. Siempre había alguien conocido. La sala estaba fresca y pulida, y oscura en el interior, pero se veía el atardecer en la calle.

Por entonces, a John no le gustaba conducir de noche. Más tarde supe que esta era una de las razones por las que quería pasar más tiempo en Nueva York, un deseo que, en aquella época, me resultaba misterioso. Una noche de aquel verano, después de cenar con Anthea Sylbert en su casa de Camino Palmero en Hollywood, John me pidió que condujera yo. Anthea vivía a menos de una manzana de la casa de la avenida Franklin, en la que habíamos vivido entre 1967 y 1971; por tanto, no se trataba de tener que explorar un nuevo barrio. Cuando puse el coche en marcha, pensé que se podían contar con los dedos de una mano las veces que yo había conducido estando John en el coche; aquella noche sólo recordaba una vez que le había relevado en un viaje de Las Vegas a Los Ángeles. Iba adormecido en el asiento del pasajero de la Corvette que entonces teníamos. Abrió los ojos y unos momentos después me dijo muy amablemente: «yo lo llevaría un poco más espacio». Yo no tenía la sensación de ir a demasiada velocidad y miré el indicador de velocidad; iba casi a 200.

Aun así.



JOAN DIDION

Un viaje a través del desierto de Mojave era otra cosa. Nunca antes me había pedido que condujera a casa después de cenar en la ciudad; aquella noche de Camino Palmero no tenía precedentes. Ni tampoco el que después de los cuarenta y cinco minutos que duró el viaje hasta Brentwood Park, dijera: «bien hecho».

El año antes de morir mencionó varias veces aquellas tardes de la piscina, el jardín y *Tenko*.

En *El hombre ante la muerte*, Philippe Ariès señala que la característica esencial de la muerte en la *Chanson de Roland* es que, aunque repentina o accidental, «advierte con antelación de su llegada». Cuando le preguntan a Sir Gawain: «¡Ay, mi buen señor!, ¿creéis que moriréis pronto?»; y Gawain contesta: «Os dijo que no he de vivir dos días». Ariès señala: «Ni su médico, ni sus amigos, ni los sacerdotes (estos últimos ausentes y olvidados) saben tanto de su muerte como él. Sólo el hombre que agoniza puede decir el tiempo que le queda».

Te sientas a cenar.

«Si quieres puedes usarla», había dicho John cuando le di la nota que me había dictado una o dos semanas antes.

Y de repente... se acabó.

El desconsuelo, cuando llega, no tiene nada que ver con lo que esperamos. No fue eso lo que sentí cuando mis padres murieron; mi padre murió pocos días antes de cumplir ochenta y cinco, y mi madre un mes antes de los noventa y uno; en ambos casos, después de años de progresivo deterioro. Entonces sentí tristeza, soledad (la soledad del niño abandonado sea cual sea su edad), nostalgia por el tiempo pasado, por las cosas no dichas, por mi incapacidad para compartir o para darme cuenta, al final, del dolor, la impotencia y la



EL AÑO DEL PENSAMIENTO MÁGICO

humillación física que ambos soportaron. Comprendí lo inevitable de cada una de estas muertes. Las había esperado, temido, anticipado y me habían sobrecogido toda mi vida. Cuando finalmente ocurrieron, permanecieron alejadas, a cierta distancia del curso de mi vida cotidiana. Tras la muerte de mi madre, recibí una carta de un amigo de Chicago, un antiguo misionero de Maryknoll, que intuyó acertadamente lo que yo sentía. La muerte de nuestros padres, escribía, «a pesar de lo preparados que estemos, a pesar de la edad que tengamos, remueve cosas muy profundas, provoca reacciones que nos sorprenden y puede liberar recuerdos y sentimientos que habíamos creído enterrados hace mucho tiempo. En ese período indefinido que llamamos duelo, podríamos estar en un submarino, silencioso en el fondo del océano, conscientes de las cargas de profundidad, tan pronto cerca como lejos, golpeándonos con recuerdos».

Mi padre había muerto, mi madre había muerto; durante un tiempo tendría que ir con pies de plomo, pero aun así podía levantarme por la mañana y enviar la ropa a la lavandería.

Aun así podía preparar un menú para la comida de Pascua.

Aun así me acordaba de renovar el pasaporte.

El desconsuelo es diferente. El desconsuelo no tiene distancia. El desconsuelo llega en oleadas, en acometidas, en repentinos arrebatos que debilitan las rodillas, ciegan los ojos y borran la cotidianidad de la vida. Virtualmente todos los que han experimentado el desconsuelo mencionan este fenómeno de las «oleadas». Eric Lindemann, Jefe de Psiquiatría del Hospital General de Massachusetts en los años cuarenta, que entrevistó a muchos familiares de los muertos en el incendio que se produjo en 1942 en el club Coconut Grove, definió el fenómeno con absoluta precisión en un famoso estudio de 1944: «sensaciones de angustia somática se sucedían en oleadas que duraban de veinte minutos a una hora, una sensación



JOAN DIDION

de opresión en la garganta, asfixia por falta de aliento, necesidad de suspirar y sensación de vacío en el abdomen, falta de fuerza muscular y una intensa angustia descrita como tensión o dolor espiritual».

Opresión en la garganta.

Asfixia, necesidad de suspirar.

Para mí, esas oleadas comenzaron la mañana del 31 de diciembre del 2003, siete u ocho horas después del suceso, cuando me desperté sola en el apartamento. No recuerdo haber llorado la noche antes; en el momento en que sucedió había entrado en una especie de *shock* en el que únicamente pensaba en las cosas que tenía que hacer. Mientras el personal de la ambulancia estuvo en el salón, yo tenía cosas que hacer. Por ejemplo, busqué la copia del informe médico de John para poder llevarla al hospital y cubrí el fuego porque lo iba a dejar solo. En el hospital también tuve cosas que hacer. Por ejemplo, tuve que hacer fila y tuve que pensar en la cama con servicio de telemetría que John necesitaría para poder trasladarlo al Columbia-Presbiteriano.

Cuando volví del hospital, también tuve cosas que hacer. Era incapaz de identificarlas todas, pero tenía muy clara una de ellas: antes de hacer nada, tenía que decírselo a Nick, el hermano de John. Me había parecido muy tarde para llamar a Dick, su hermano mayor, que vivía en Cape Cod (se acostaba temprano, no se encontraba bien de salud, no quería despertarle con malas noticias), pero necesitaba decírselo a Nick. No pensé en cómo se lo diría. Me senté en la cama, descolgué el teléfono y marqué el número de su casa en Connecticut. Lo cogió él. Se lo dije. Después de colgar el teléfono, con lo que sólo puedo describir como una nueva forma neutra de marcar números y decir las palabras, volví a descolgarlo. No podía decírselo a Quintana (seguía aún donde la habíamos dejado pocas horas an-



tes, inconsciente en la UCI del Berth Israel North), pero podía llamar a Gerry, su marido desde hacía cinco meses, y podía llamar a mi hermano Jim, que estaría en su casa de Pebble Beach. Gerry dijo que vendría. Le dije que no era necesario que viniera, que yo estaba bien. Jim dijo que cogería un avión. Le dije que no era necesario que tomase un avión y que ya hablaríamos por la mañana. Mientras intentaba pensar qué era lo siguiente que tenía que hacer, sonó el teléfono. Era Lynn Nesbit, nuestra agente literaria, amiga desde finales de los sesenta. En aquel momento, no tenía claro cómo se había enterado, pero lo sabía (tenía relación con un amigo común de Nick y Lynn, con el que ambos acababan de hablar) y me llamaba desde un taxi, de camino a nuestro apartamento. Por un lado, me sentí aliviada (Lynn sabría manejar la situación; Lynn sabría lo que supuestamente yo tenía que hacer), pero por otro lado estaba perpleja. ¿Cómo iba a vivir aquel momento acompañada? ¿Qué íbamos a hacer? ¿Nos sentaríamos en el salón con las jeringuillas y los electrodos del ECG y el suelo manchado todavía de sangre? ¿Debería reavivar el fuego? ¿Beberíamos algo? ¿Habría cenado?

¿Había comido yo?

En el instante en que me pregunté si había comido, tuve los primeros indicios de lo que estaba por llegar; aquella noche supe que si pensaba en la comida, vomitaría.

Lynn llegó.

Nos sentamos en la zona del salón en la que no había sangre ni electrodos ni jeringuillas.

Mientras hablaba con Lynn, recuerdo haber pensado (esta es la parte que no podía decir) que John se había hecho sangre al caer; había caído de bruces y ya en urgencias, yo había notado que tenía un diente desportillado; posiblemente el diente se le clavó en el interior de la boca.



JOAN DIDION

Lynn descolgó el teléfono y dijo que estaba llamando a Christopher.

Esa fue otra perplejidad: el Christopher que yo conocía era Christopher Dickey, pero estaba en París o en Dubai, y en cualquier caso Lynn habría dicho Chris, no Christopher. Notaba que la atención se me iba hacia la autopsia. Tal vez la estuvieran haciendo mientras yo estaba allí sentada. Luego, me di cuenta de que el Christopher con el que Lynn hablaba era Christopher Lehmann-Haupt, director de necrológicas del *New York Times*. Recuerdo una sensación de sobresalto. Quería decir «todavía no», pero la boca se me había quedado seca. Podía afrontar la autopsia, pero no había pensado en la idea de «necrológica». «Necrológica», a diferencia de «autopsia», que era algo entre John y yo y el hospital, significaba que había ocurrido. Sin la más mínima sensación de falta de lógica, me descubrí preguntándome si hubiera sucedido igual en Los Ángeles. (¿Quedaba tiempo para volver? ¿Podíamos tener otro final con el horario del Pacífico?). Recuerdo que me asaltó la imperiosa necesidad de no dejar que nadie de *Los Angeles Times* se enterara de lo sucedido a través de *The New York Times*. Llamé a Tim Rutten, nuestro íntimo amigo de *Los Angeles Times*. No me acuerdo lo que Lynn y yo hicimos después. Recuerdo que dijo que se quedaría a pasar la noche, pero le contesté que no, que estaría bien sola.

Y lo estuve.

Hasta la mañana siguiente, cuando, aún medio dormida, intenté averiguar por qué estaba sola en la cama. Tenía una sensación plúmbea. La misma sensación plúmbea con la que me despertaba por la mañana después de haberme peleado con John. ¿Nos habíamos peleado? ¿Sobre qué? ¿Cómo había empezado? ¿Cómo íbamos a poder arreglarlo si no me acordaba cómo había empezado?



EL AÑO DEL PENSAMIENTO MÁGICO

Entonces me acordé.

Durante semanas ese fue el modo de enfrentarme al día.

Me despierto y siento la siniestra oscuridad, no el día.

Uno de los muchos versos de distintos poemas de Gerard Manley Hopkins que John fue entretejiendo durante los meses que siguieron al suicidio de su hermano menor, una especie de rosario improvisado.

Ay, la mente, la mente tiene montañas; despeñaderos de ruina terribles, escarpados, insondables para el hombre. Los menos precia quizás quien nunca se asomó a ellos.

Me despierto y siento la siniestra oscuridad, no el día.

Y he pedido quedarme

Al abrigo de las tormentas.

Ahora veo que mi insistencia en pasar sola aquella primera noche era algo más complicado de lo que parecía, un instinto primitivo. Por supuesto sabía que John había muerto. Por supuesto ya había comunicado la noticia a su hermano, a mi hermano y al marido de Quintana. *The New York Times* lo sabía. *Los Angeles Times* lo sabía. Sin embargo, yo no estaba preparada en modo alguno para aceptar la noticia como algo definitivo: en algún plano de mi conciencia creía que lo que había sucedido era reversible. Por ese motivo necesitaba estar sola.

Después de aquella primera noche no volví a quedarme sola durante semanas (Jim y su esposa Gloria llegaron de California al día siguiente; Nick regresó a Nueva York; Tony y su esposa Rosemary vinieron de Connecticut; José no se fue a Las Vegas y Sharon,



JOAN DIDION

nuestra ayudante, volvió de esquiar; la casa no estuvo vacía en ningún momento), pero necesitaba aquella primera noche para estar sola.

Necesitaba estar sola para que él pudiera volver.

Éste fue el comienzo de mi año del pensamiento mágico.